

## **El berrinche** **Antonio Gómez Rufo**

¡Pobre mamá! ¡Con la ilusión que le hacía! Casi diez años llorando, tarde tras tarde, como si necesitase del cuajo o le hubiese tomado afición al desahogo, para que ahora, de buenas a primeras, se lleve este disgusto tan grande. ¡Y qué llantina, por los clavos de Cristo! La pobre se encerraba en su cuarto, encendía las velas del altar que había ido tejiendo poco a poco sobre la cómoda, con la paciencia de una araña y la meticulosidad de una hormiga, y allí se arrodillaba con un rosario serpenteado entre sus dedos a derramar una lágrima detrás de otra, como si aún le sobrasen, a suspirar y a tragar más aire del que podía en cada bocanada, hipando, para suplicarle a la Virgen y a todos los santos de la corte celestial que no me pasase nada, que tuviera suerte, que volviese a casa sano y sin ningún percance. Y luego, cuando no lloraba, ¡qué víacrucis cada día a las horas de comer! Me miraba de una manera honda, triste y dolorosa, como si me fuese a la guerra o la vida se me estuviera escapando a chorros por culpa de un mal incurable. ¡Pero qué perra! Y encima ni siquiera podía hablar con ella, no me dejaba. Si quería contarle algo de mi oficio, me mandaba callar repitiendo que bastante tenía con lo que tenía como para que encima le anduviese pidiendo consejas; y entonces yo, más parao que una veleta en agosto, le daba un beso en la frente y me iba a echar una siesta o salía un rato por ahí, a jugar una partida de mus en el bar de Tarsicio o a adiestrarme un poco para estar fino el domingo por la tarde, cuando a las cinco en punto tenía que justificar el sobre de los cuartos y ella se clavaba ante Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, la Macarena, la Blanca Paloma o vaya usted a saber quién para rogar a Dios que volviese a casa sin un rasguño. Y así un año tras otro, durante casi diez. Yo creo que al final la faena terminó convirtiéndose para ella en un rito, en una mera costumbre, poco más que en una manera de entretener la rutina de sus días insípidos de vieja infeliz y desamparada.

El poco dinero que tenía se le iba en velas como otras lo gastaban en el bingo, y si un día don Quintín, en la parroquia, le mostraba la estampita de un santo, de un apóstol o de un mediador cualquiera, sin pensárselo la compraba y la añadía al altar recargado y barroco en que había convertido el tocador de su madriguera. ¡Pobre mamá! ¡Y así durante semanas, meses y años, hasta casi diez! ¡Con lo ilusionada que estaba!

Cuando yo era un mocoso, oía decir a las vecinas que era un posturitas y a mi madre le gustaba oírlo. Decían que también era guapo, y le gustaba aún más. No levantaba dos palmos del suelo y ya me ponía ante el espejo del armario como para un retrato, y la estampa que veía reflejada era recia e impactante, muy torera. Después, cuando alguna vez se enteraba de que hacía novillos en la escuela para perderme por el campo para sudar hasta la extenuación, sus reproches eran tan severos como pasajeros y fugitivos. En seguida me daba una onza de chocolate y media barra de pan diciendo que tenía que crecer y alimentarme, que estaba en una edad muy mala y a mis años toda energía era poca. Luego, cuando dejé la escuela para dedicarme a lo mío, no quiso saber nada y sólo lloraba, le echaba las culpas a las malas compañías y rezaba por mí, cada noche, en voz alta, para intentar conmovirme y ver si así lograba hacerme desistir de la vocación.

¡Vaya murga gaditana! La situación terminó siendo tan insoportable que no me quedó más remedio que trasladarme a vivir a la capital, a Sevilla, forjarme la vida a mi modo y procurarle consuelo yéndola a visitar cuando podía, sobre todo los lunes, el día que suelo estar libre después del trajín de la hora de la verdad del domingo.

El pueblo se me había quedado estrecho como los cuellos de mis camisas infantiles, y de no haber acertado a huir a tiempo me hubiese asfixiado en la soledad de sus calles en cuesta y la locura de esas casas encaladas en las que se estrella rabiosamente el sol para desquiciar al más pintado. Lo que no me explico es por qué mi madre no quería comprender que el mundo no se acababa allí, sabiendo como sabía que en el pueblo no había porvenir, que ni yo ni ninguno de mis amigos teníamos en nuestra tierra más futuro que el de sobrevivir repitiendo vidas detestadas ni más horizontes que los que marcaban los lindes del cortijo de don Álvaro, con muchos toros bravos, eso sí, pero que ni mugían para nosotros ni corrían para presumir su hermosura frente a nuestra mediocridad. Mi madre, la pobre, nunca lo pudo entender, como tampoco entendía nada de nada, pero así y todo mi marcha de entonces fue un disgusto infinitamente menor que el que se ha llevado ahora. No me lo explico, la verdad; me parecería mentira si no me estuviese pasando a mí.

Cuántas veces no le habré preguntado, en estos casi diez años, si es que acaso no escuchaba la radio, ni leía periódicos, ni siquiera miraba la televisión. Y siempre replicaba lo mismo: que oír, oía, pero nunca escuchaba; y que ver, veía, pero nunca miraba; y que bastante tenía con lo que tenía como para encima andar pendiente de vidas ajenas. Sólo esperaba mi regreso, qué cruz, que volviese sano, que le dijese que me había retirado y que volvía a quedarme con ella para siempre. Ni con las vecinas hablaba. Miraba el cielo con ojos de luto durante los seis días de la semana y lloraba lágrimas hondas los domingos por la tarde. Y de ahí no había quien la sacara.

Yo, en estos años, no es que haya llegado a ser un fenómeno, para qué nos vamos a engañar, pero los muy aficionados siempre han sabido encontrar virtud en mis pases medidos y algunos me han llegado a comparar con un tal Cifuentes II, del que nunca he llegado a saber con exactitud de dónde era ni en qué terreno se movía mejor, pero dicen que tenía, como yo, una tarde de lujo y cinco de aliño, pero cuando se le veía, se le veía, qué caray, y a mí esa comparación nunca me pareció mal del todo. Quizá fuera porque no llegase a estar matrimoniado con el acierto al culminar, o porque el hormigueo del público en sus asientos me intimidara y no lograrse sobreponerme a ello, pero el caso es que mi trayectoria no ha sido ni buena ni mala, simplemente regular, y de no ser porque sabía de la mortificación de mi madre cada vez que me correspondía intervenir en un lance, tal vez en más de una ocasión me hubiese dejado llevar por la tentación del riesgo para así ganar fama, duros y prestigio entre mis compañeros y la afición. Pero volver a casa y sentir aquella mirada de agua y luto en sus ojos, aquellos labios de quebranto y temblor mientras me acariciaba la cabeza y aquellos duelos silenciosos y prolongados que guardaban gritos rotos y quejidos mudos, rasgaban en mí cualquier apego a la heroicidad, cualquier instinto temerario, el más mínimo apasionamiento por una hazaña que me permitiese traspasar el umbral de la vulgaridad para salir en hombros por la puerta grande de la proeza memorable.

Sé que fui cobarde por no arriesgarme, y ahora me arrepiento. El éxito paga peaje, como el fracaso, y debí ser más valeroso por mí mismo y por mis seguidores.

Tal vez hoy debería ser más grande mi pesadumbre por el disgusto que se ha llevado ella, pero cuando la verdad se abre paso no hay quien la detenga y lo único cierto es que ahora estoy firme en que debí mirar antes por mí que por nadie, que nuestra vida profesional es breve y las cornás del pasar desapercibido son peores que las que da el hambre. No quiero decir con esto que me sienta un fracasado, ni que la pobrecilla tenga la culpa de nada, pero hay que saber cómo se me arrugaba el corazón, tan malamente, para comprender que ni me atrevía a irme para siempre de su lado ni sabía dejar de sufrir por sus ojos húmedos cada vez que la imaginaba arrodillada ante su altar, rezando por mí, con las lágrimas corriéndole por las mejillas como las gotas de lluvia resbalan por los cristales y, lo que es peor, sin poder hacer nada para explicarle que no, que no temiese, que me sabía cuidar y que de pasarme algo malo sería porque la vida es así, que pone cepos en cada esquina, que el peligro forma parte de la existencia y que la mía no era ni mejor ni peor que la de otros, o si no que se figurase que era minero, o pescador, o mamporrero de sementales, que hay que ver qué trabajito. Pero no había manera: era imposible hablar con ella y por eso ha ocurrido lo que ha ocurrido, que desde luego el disgusto no se lo quita nadie, pero a mí también me ha dejado el cuerpo como para salir por bulerías, que tengo el ánimo más arruinado que el de un toro en el arrastre.

Fueron demasiadas horas de manejar las piernas y las manos en la soledad de mi cuarto, durante muchos años, para que ahora haya oído lo que he tenido que oír. Solo, en esos ratos en que ella suponía que estaba pegado a los libros, no podía quedarme sentado, concentrado e inmóvil. Me ponía ante los deberes y me parecía que para saberse los ríos lo mejor era bañarse en ellos, que para conocer las montañas lo suyo era escalarlas y que para sumar bien lo que había que hacer era contar billetes de a mil, cuantos más mejor. Y de repente me encontraba en la estrechez de mi cuarto, entre el camastro y la mesa, dándome pases a mí mismo, esquivando las defensas del enemigo y soñando con entrar en terrenos imposibles en el momento en que se produce un silencio de muerte entre los aficionados, extasiados al presenciar una cabriola en el límite de la perfección, allá donde un instante separa la gloria del fracaso, la inmortalidad del desprecio, la grandeza de la indiferencia, cuando el corazón de miles de espectadores pierde un latido para, un segundo después, estallar en la ovación o en la repulsa, mientras nubes de corcho se agolpan en el cerebro por la satisfacción del acierto o la impotencia del fracaso.

Y tantas horas soñando despierto, mil días fabulando historias de embrujo y celebridad, semejante esfuerzo, para que ahora, de esta manera, sienta otra vez los ojos de sangre y luto de mi madre mirándome a hurtadillas sin que alcance a descubrir sus sentimientos, si me quiere o me odia, si este disgusto se le pasará pronto o será un relicario que se llevará a la tumba como se lleva el sudario, el silencio y la quietud. Ya no sé qué pensar.

Hay que ver. ¡Con la ilusión que le hacía y no fue capaz de decírmelo nunca! Debió habérmelo dicho alguna vez, qué diablos; hubiese sido mejor para todos y nos hubiésemos evitado este tremendo disgusto. Diez años de profesión, diez años de esfuerzos diarios, de sudor, de tenacidad y de no rendirme nunca ante las adversidades. Lloviendo o con sol, sudando de nervios o de calor... A veces los sudores eran tan fríos que creía tener fiebre. Casi diez años bregando por mí y por ella, también por ella, y ahora está ahí, en su cuarto, desmontando el altar y lanzando velas y estampas a la basura como se echan al fuego los desperdicios inmundos y los recuerdos amargos, las decepciones y los engaños. Ahora estoy seguro de que, en el fondo, le gustaban el luto y el llanto, ese aquellarre de rezos repetidos y temores rituales, esa compasión de las vecinas al verla tan seria, o esa

admiración por ser madre de quien era. No puedo encontrar otra explicación a su enorme disgusto. Pobre mamá, con lo que yo la quiero...

Ayer por la tarde llamé por teléfono y enseguida notó por mi timbre de voz que estaba alegre, que quería decirle algo bueno, que no hablaba de percances, heridas ni humillaciones sino de orgullo, ovaciones y satisfacciones. Pero tampoco me dejó hablar: se limitó a decir que si tenía algo que brindarle fuese a verla, como cuando era pequeño. Y le dije que sí, que quería enseñarle algo que había ganado para ella; pero no quiso escuchar más. Hoy he corrido a su lado porque la gloria hay que compartirla con la madre como se comparte el nacimiento y la vida, como se comparte ese cariño nacido en las tripas que nunca más es posible volver a encontrar. Y al llegar ante su puerta me he dejado mirar con esos ojos de agua y luto, me he dejado besar por sus labios de quebranto y temblor y me he dejado acariciar la cabeza como tantas otras veces. Pero no he podido huir de esa mirada desconfiada de la madre que abraza a su hijo sabiendo que de nuevo ha de partir y esta vez tal vez para siempre.

Cuando se ha desahogado, le he enseñado el trofeo y le he dicho que era para ella. Lo ha mirado, me ha mirado a los ojos y ha vuelto a mirarlo. Desconcertada, se ha quedado pensativa unos segundos antes de dirigirme la palabra y me ha preguntado si es que ya no se cortaban orejas.

¡Pobre mamá! ¡Qué enorme disgusto! Casi diez años convencida de que su hijo era torero, presumiendo de ello en silencio ante sus vecinas y llorando y rezando por mí cada tarde de domingo, como mandan los cánones, y hoy, precisamente hoy, el día más feliz de mi vida, se entera de que soy futbolista y de que me gano la vida con el arte de dar pases de balón, infiltrarme entre las más duras defensas e intentar culminar el pase a la red que conduce a la inmortalidad o a la indiferencia, a la grandeza o al desprecio de unos aficionados que pierden un latido de su corazón para prestarlo al gozo triunfal o al más humillante de los reproches.

¡Pobre mamá! ¡Con la ilusión que le hacía...!